

UN CUENTO DE HADAS

Dicen que los cuentos de hadas no existen, pero esta niña no lo tenía tan claro. Macrisa era una niña un poco especial, podía leer el pensamiento de personas y animales. Nadie sabía este secreto, bueno, nadie excepto su mejor amigo, Dablo. Siempre se lo contaban todo y no iba a ser diferente esa vez.

Una tarde, Macrisa y Dablo estaban paseando por el bosque cuando Macrisa empezó a escuchar algo.

-Dablo, ¿no oyes como un lamento que viene de ahí detrás?

-Yo no oigo nada.

-Ven, vamos a ver qué es.

Macrisa atravesó los arbustos y su amigo la siguió sin saber qué pasaba. Cada vez la niña escuchaba más y más alto aquella voz extraña. Por fin apartó unas ramas y vio que se trataba de un sapo muy feo.

Macrisa enseguida le leyó el pensamiento y descubrió que lo único que el sapo quería era un beso de una hermosa princesa y ella estaba dispuesta a ayudarlo. El sapo le contó a los dos amigos que la princesa estaba encerrada en un castillo custodiado por un... terrible... y aterrador... CARACOL!!!

Los niños se quedaron un poco decepcionados, la verdad. Ellos se imaginaban que lucharían contra un dragón feroz, pero lo único que tenían que hacer era ir a paso rápido para que el caracol no los pillara.

Los dos niños y el sapo empezaron su largo viaje. Cruzaron puentes, campos de hierba, campos de tierra, lagos, ríos... Hasta que llegaron al castillo, que era inmenso y de color rosa.

También estaba el caracol, pero dormido, así que no tuvieron problemas. Los amigos estaban impresionados y decidieron entrar a ver si encontraban a la princesa. Por dentro el castillo parecía un laberinto, no sabían por dónde empezar a buscar. Había pasillos pintados de todos los colores. Al fin se decidieron por un pasillo pintado de color rosa y, efectivamente, encontraron a la princesa, pero no era como se la habían imaginado.

La princesa resultó ser la Barbie, que no estaba encerrada en el castillo sino que se había perdido y se quedó a dormir la siesta y el caracol era su mascota, que la esperaba fuera. El sapo se adelantó para que la princesa lo besara, y así fue: le dio un beso de cuento de hadas y el feo sapo se convirtió en el Ken de la Barbie y los dos juntos fueron felices.

Y así fue como Macrisa y Dablo demostraron que los cuentos de hadas sí existen.